

Mujeres escritoras, Islam y el fantasma de Zulaikha

Elif Shafak



Elif Shafak

En la historia del Islam no hay una mujer peor comprendida que Zulaikha la bella y pérfida mujer de Potifar en la historia de José. Ella fue la que intentó seducir a José y llevarlo a un torbellino de adulterio y hedonismo descontrolado. Fue quien, al ser rechazada por José, lo acusó de violarla, haciéndolo encarcelar por años en las horribles mazmorras del régimen de Potifar. Y es quien ha sido culpada, condenada y vilipendiada por las autoridades religiosas conservadoras del mundo islámico. A través de los siglos, a los

ojos de los conservadores, Zulaikha siempre se ha destacado como un símbolo despreciable de lujuria, hedonismo y, en últimas, de maldad femenina.

En tanto que Zulaikha puede ser vista como una mujer mala a los ojos de los musulmanes conservadores, es percibida de una forma completamente diferente por los Sufíes. En la mística Sufí, Zulaikha simplemente representa a una mujer sincera y locamente enamorada; ni más ni menos. Esta larga discrepancia entre interpretaciones históricas (*zahiri*) y esotéricas (*batini*) del *Corán* es poco conocida hoy en el mundo occidental, como lo es tal tradición hermenéutica para la élite cultural de los países musulmanes.

En tanto que la novela como género se constituye en el vehículo de occidentalización y en su mayoría es moldeada por una élite cultural privilegiada, no es una coincidencia que la sombra esotérica de Zulaikha no se haya podido reflejar en la “novela del medio Oriente”, como tampoco en la novela turca, en un país donde los procesos de occidentalización y modernización se han llevado a cabo hasta sus últimas

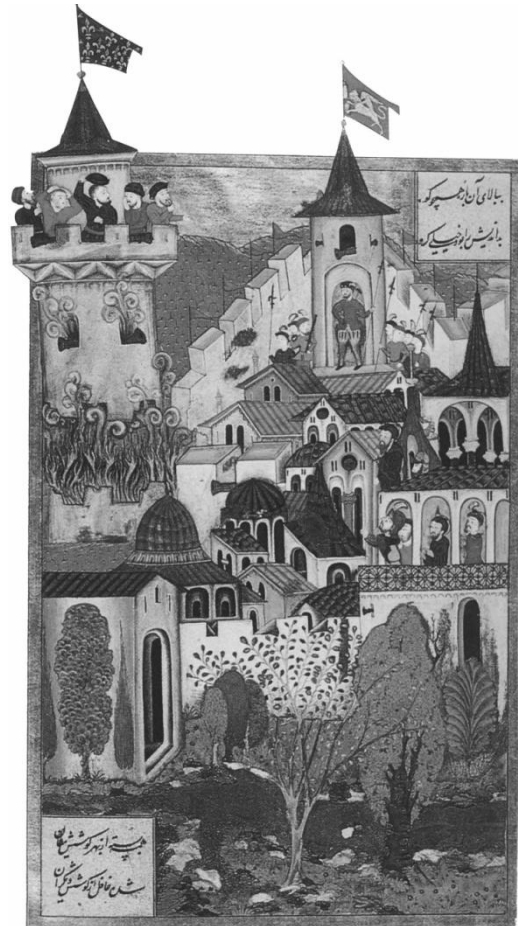
consecuencias, en un intento por desprenderse del pasado lo más rápido posible, borrando el legado Sufí completamente.

Sorprendentemente, tanto para una élite occidental como turca, la sexualidad y el Islam constituyen un par imposible de considerar favorablemente. En cualquier momento y lugar en que estos términos se encuentran, casi automáticamente el tema se vuelve, sino un problema, un trauma, y no se requiere mucho tiempo para que se convierta en un cuadro triste: una imagen que lleva el recuerdo de matanzas por honor, escándalos de virginidad, poligamia, homofobia y la desaparición de los cuerpos femeninos tras los velos. Si bien no puede negarse, bajo ningún punto de vista, la importancia de discutir estas situaciones, lo es igualmente reconocer que no es esto lo único de lo que se trata la sexualidad en el Oriente Medio. El tema del sexo y la sexualidad en el Medio Oriente no sólo implica costumbres y prohibiciones, cautividad y confinamiento. La sexualidad es también gozo y alegría, placer físico, gratificación emocional y euforia espiritual.

Vida de Soliman (1558), Biblioteca del Museo

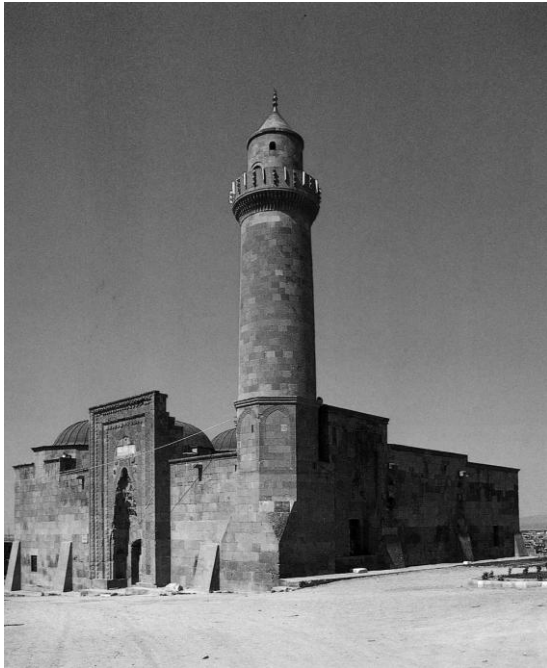
Así mismo, hay una larga tradición de narrativa erótica en los países del Medio Oriente, prosas hermosas, bella y audazmente rimadas.

Para citar algunos ejemplos, *El libro de placer (Bah Nameh)* fue traducido varias veces y



circuló ampliamente en el imperio otomano, así como *El jardín perfumado* profusamente leído en Irán, por no mencionar *Las mil y una noches*, donde la sexualidad se mostró y celebró como una fuente prolífica de la vida en numerosos cuentos. La ironía de los países musulmanes abruptamente modernizados como Turquía es que las élites culturales han perdido sus conexiones con viejas traducciones de cuentos e historias eróticas. La élite cultural turca se ha alimentado de su propia tradición cultural. Sus miembros con seguridad conocen a Balzac, Flaubert y Woolf, pero saben poco de la literatura islámica o Sufí o de sus historias religiosas.

La modernización “*alla turca*” significó una ruptura en el tiempo donde pasado y futuro se han distinguido uno del otro, y el último valorado a expensas del primero. Hoy en



Una mezquita selyúcida

Turquía, en aras de producir un “arte intelectual”, las antiguas fuentes de narración eróticas han sido erradicadas de la literatura en general, y del género de la novela en particular. Siendo el más joven de todos los géneros literarios en los países musulmanes, casi siempre la novela ha asumido su papel como la voz de la burguesía, justo en un momento en que existe una burguesía musulmana mínima, y ha sido, además, el vehículo para la occidentalización y la modernización. De ahí que desde el comienzo los novelistas se hayan separado de las narraciones orientales tradicionales de erotismo.

El otro camino a lo largo del cual el amor y el placer se reverenciaron en los países musulmanes fue por la vía de los Sufíes. Para los derviches, como dijo Ibu Arabi, no había religión más sublime que la del amor. La mística islámica “seguiría la religión del amor, por cualquier camino que tomara su camello”.

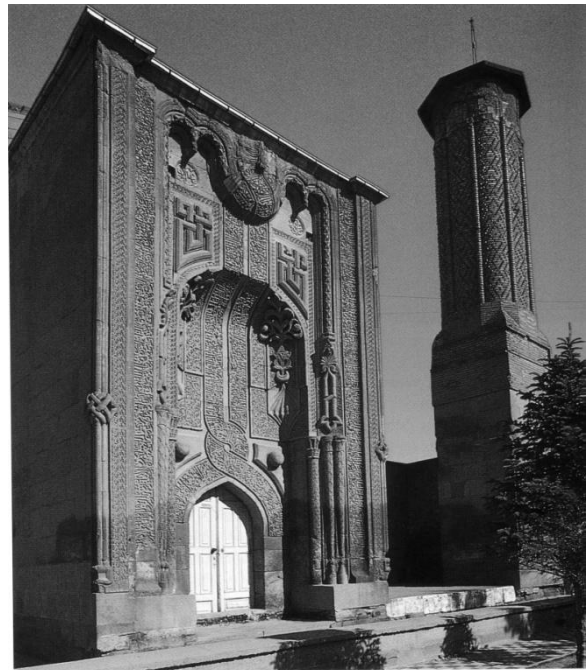
De manera significativa, fue en contra de esta cultura que las nociones de cielo e infierno, virtud y pecado, perdieron su significado. Como dijo Omar Khayyam: “El infierno es una chispa de nuestro dolor infructuoso, el cielo un respiro de nuestros tiempos de alegría”. La exaltación Sufí del amor, en contravía de las enseñanzas de los ortodoxos, resonó con historias perdurables de amor, profundamente enraizadas en las culturas del Medio Oriente tales como los cuentos de “Layla y Majnun”, “Salaman y Absal”, “La polilla y la vela”, “El ruiseñor y la rosa” y especialmente, “Yusuf y Zulaikha”.

Cuando era niña experimenté, de primera mano, dos lecturas diferentes del Islam. Como hija de una madre soltera, hubo momentos en que crecí con dos abuelas diferentes. A primera vista estas mujeres eran bastante parecidas: ambas turcas, venían de clases sociales similares y eran musulmanas. La madre de mi padre era una seguidora de la religión del miedo. La faceta *Jalal* de Alá le llamaba la atención más que cualquier cosa. Ella me enseñó sobre la mirada patriarcal,

paternal y celestial, siempre fija desde arriba para anotar todos mis pecados cometidos aquí abajo. Yo llegaba de su casa traumatizada, sin poder ir al baño de miedo de que Alá me viera desnuda, avergonzada del cuerpo que me había dado.

Poco después, me mudé a la casa de mi otra abuela y entré así a un universo iridiscente, repleto de la tradición Islam y de sus supersticiones. Esta abuela era una anciana que vertía plomo derretido para espantar el mal de ojo, leía en las tazas de café y me había enseñado a no pararme en los umbrales donde los *djinn* bailaban en la noche. Era una seguidora de la religión del amor. Para ella, Alá no era un Dios a quien temer, sino un Dios para amar. De hecho, la mirada celestial, si bien nos observaba constantemente, de cuando en cuando parpadeaba como la de cualquier otro ojo. Estos momentos de parpadeo eran los tiempos de libertad, cuando podíamos ser invisibles para Dios. “Seguro, las autoridades religiosas son rígidas, y algunas enseñanzas son limitantes, pero no te preocupes”, decía, “pues ellas son ladrillos y tu eres agua. Se quedarán quietas y tu vas a fluir”. Ella fue quien me enseñó todo sobre el agua. El amor y la fe podrían ser justo como el agua, así de fluidos. Dudo si he logrado alcanzar el camino del agua en el amor y en la fe, pero eventualmente fue ese el camino que siguió mi escritura de ficción.

Infortunadamente, interpretando el secularismo como un completo desencantamiento con la vida política y cultural, y desconfiando de cualquier cosa, de todo lo asociado al Islam, la élite cultural turca también se perdió de esta tradición del Islam.



Fachada de la Ince Minare Medrese de Konia (1265)

Dentro de este cuadro de rupturas, ¿cómo puede una mujer novelista turca acercarse al erotismo y a la sexualidad en sus escritos? El género es, de hecho, una profunda escisión en la sociedad turca, como lo es la edad. A pesar de que la sociedad sea joven, las morales establecidas reverencian a los ancianos y atribuyen sabiduría y autoridad a la edad avanzada. De igual forma, en un intento por desarrollar estrategias para lidiar con el problema de la sexualidad, las mujeres escritoras turcas, así como las mujeres escritoras del Medio Oriente, en general, han

interactuado con los códigos existentes sobre género y edad conjuntamente, de lo cual han emergido tres tácticas principales: Primero, la mujer escritora sistemáticamente se inhibe de escribir sobre sexualidad hasta que sea “vieja”. Solo cuando es vieja y está a salvo, comienza a escribir sin reserva sobre estos temas. Así, tenemos numerosos ejemplos de mujeres escritoras esperando llegar a los sesenta años, para publicar libros completamente diferentes a los escritos anteriormente, casi pornográficos.

Segundo, la escritora sí escribe sobre sexualidad, pero des-sexualizándose a sí misma. Mientras menos reservada y más atrevida en su escritura sea, más reservada y de buena reputación trata de ser. Entonces la escritora se desfeminiza y des-sexualiza. La apertura del texto se balancea con la castidad de la cultura. Este modelo en particular de mujeres desfeminizadas también encaja perfectamente en el patrón de las mujeres camaradas a quienes los reformistas kemalistas han alentado sistemáticamente.

Tercero, la mujer escritora escoge acelerar el flujo del tiempo porque es más fácil que la respeten como mujer vieja en una sociedad patriarcal, que como una mujer joven. Así, terminamos con mujeres de treinta actuando como si tuvieran sesenta años. En el Medio Oriente, las mujeres envejecen rápidamente, saltando de la categoría de “vírgenes” a “ancianas”, como si nada existiera en el

medio. Mientras más rápido sea el salto, más estimación y autoridad ganan a los ojos de la sociedad.

Frente a estas tres estrategias básicas, decidí no escoger ninguna. En nombre de una occidentalización y modernización impuestas, incontables estructuras culturales han sido arrasadas a través de la historia política turca. Paralelamente, mientras la cultura se ha modernizado, el lenguaje se ha “turquificado”. Como un escritor que es mujer y ha atacado lo islámico, tanto como un judío y un místico cristiano heterodoxo, rechazo el racionalizado, desencantado y centralizado lenguaje turco moderno que tengo en frente. Hoy en Turquía el lenguaje está polarizado y politizado. Dependiendo del lado ideológico del cual uno sea atacado, por ejemplo los kemalistas contra los islamistas, uno puede usar bien un “nuevo” o un “viejo” sistema de palabras. No obstante, mi escritura está repleta de palabras “viejas” y “nuevas”, y abunda en expresiones Sufíes que han sido sistemáticamente extirpadas por la élite cultural tradicional. Actualmente en Turquía los kemalistas o izquierdistas tienen poco interés en el pasado, y los conservadores, quienes parecen estar interesados en la historia tienen poca tolerancia a la opinión crítica. Creo posible trascender esta polarización y creo que es factible ser un escritor de izquierda que se toma en serio la filosofía religiosa. Rechazo la idea de desprender las palabras del lenguaje y las memorias de la identidad colectiva. Me

niego a aceptar la vigente pérdida de la memoria en Turquía.

Consecuentemente, algunas veces comparo mi escritura de ficción, tanto en lenguaje y contenido, a caminar en medio de los escombros que quedan después de una catástrofe. Camino lentamente para poder escuchar si aún hay algo o alguien respirando en su interior. Escucho atentamente los sonidos que vienen de ahí abajo para ver si alguien, alguna historia o legado cultural del pasado, están aún vivos bajo las ruinas. Si alguna señal de vida me llega, cavo hondo y empujo hacia arriba a la superficie, le sacudo el polvo y lo pongo en mis novelas para que sobreviva. Mi ficción es un manifiesto contra la amnesia colectiva prevalente en Turquía.

Este es el modo como he desarrollado lo que llamo la cuarta vía, mi propio modo de lidiar con el sexo y la sexualidad en mi literatura. En vez de aplazar la escritura sobre la sexualidad hasta hacerme vieja, en vez de desfeminizarme o des-sexualizarme para ser respetada, en vez de acelerar el paso del tiempo y de la edad, prefiero sacar a la superficie esas tradiciones largamente olvidadas del erotismo y el homoerotismo, como las de las narrativas Sufíes, para insertarlas en el género de la novela. El espíritu de Zulaikha captura así mi escritura, y es un buen espíritu, lo sé. Mi ficción es un tributo a la interpretación marginalizada de la

mujer más controvertida en la historia del Islam.

Mi escritura es un tributo a Zulaikha.

*Elif Shafak (Estrasburgo, Francia, 1971) es una escritora de origen turco. Ha publicado novelas escritas en inglés así como turco y francés. Graduada en Relaciones Internacionales en Medio Oriente en la Universidad Técnica en Ankara, Turquía, cuenta con una maestría en Ciencia en el Género y Estudios de la Mujer (con una tesis sobre la Deconstrucción de feminidad a lo largo del entendimiento cíclico de los derviches heterodoxos en el Islam) y un doctorado en filosofía en el Departamento de Ciencia Política, en la misma universidad. Fue acusada de insultar al pueblo turco por referirse al genocidio armenio en una de sus novelas. Vive la mitad del año en Turquía y los demás meses en Estados Unidos. Publicó este artículo en inglés en el periódico *Without Borders*. La versión en español para la *Agenda Cultural* es de Catalina Montoya H.